El arpa del dragón

ningún dragón se controla solo



UN CUENTO DE **JUAN SEBASTIÁN MÁRQUEZ**

INSPIRADO EN LA MÚSICA DE **BRUNO VALENTI**

Juan Sebastián Marquez

El arpa del dragón

inspirado en una obra musical de **Bruno Valenti**

https://elarpadeldragon.com

“El arpa del dragón” es un cuento de autoría de Juan Sebastián Marquez, escrito en 2026.

Cualquier relación con la obra musical titulada “El arpa del dragón”, cuyo compositor es Bruno Valenti es pura causalidad: la música y el cuento nacieron juntos, como una creación colectiva de ambos artistas. La grabación está en https://elarpadeldragon.com/musica

El diseño de arte de la portada y contraportada es de autoría de Luis Miguel Rojas, a quien pueden contactar en https://www.instagram.com/luismrojas02/

I

Estaba acostumbrado a pedalear contra el viento. Sabía que era más corto si tomaba las calles interiores, pero el verano fueguino dura poco. Si iba a pasar todo el día encerrado en la fábrica, podía darse el gusto de usar la bicicleta un rato a la mañana, para ver el mar al salir de su casa, bordear después el Río Grande hasta el puente, y aun así llegar a horario.

Además, necesitaba despejar la cabeza. Lo que había pasado con Mateo la noche anterior no era grave, pero lo había desconocido por completo. Era muy raro que Mateo se enojara, y las pocas veces que lo hacía siempre era para adentro. Daba media vuelta y se iba, lloraba, soltaba alguna queja entre dientes. Pero en general era alegre y cariñoso, muy maduro para su edad a la hora de aceptar límites. "Me parece que ya estuviste bastante con la pantalla, hacé otra cosa", le había dicho Claudio como tantas veces. Y Mateo explotó. El insulto parecía haber salido de las tripas y no de la boca; el portazo cerró la habitación pero abrió una catarata de preguntas en la mente de Claudio. ¿Por qué su hijo se comportaba así? Como a cualquier chico, le gustaba mirar dibujitos y jugar en Internet, y no esperaba que la restricción le cayera simpática. Pero tampoco vio venir tanta ira desatada.

Claudio había dejado pasar unos minutos, para ver si se calmaba, pero cuando entró a la pieza de Mateo lo encontró dormido y no quiso despertarlo. ¿Por qué no lo había seguido inmediatamente? ¿Por qué no lo había despertado para hablar con él? Ahora tenía que esperar hasta la tarde para verlo, para que la conversación con el niño le confirmara que su hijo no se estaba convirtiendo en un extraño. Intentaba convencerse de que no era para tanto, pero la angustia no se le iba, aunque tuvo la sensación de que mirar el mar le hacía un lugarcito a la calma. Se propuso no pensar en estas cosas hasta la tarde. Suspiró, miró la hora en el celular y volvió a subir a la bicicleta.

Había aprendido a regular sus fuerzas para ser puntual sin extenuarse, pero tomó precauciones extra porque lo esperaba la evaluación mensual con todas las gerencias. Ya era la sexta vez que participaba, y los nervios ante cada intervención iban disminuyendo, aunque creía que nunca se irían del todo.

La reunión trató cuestiones financieras, cuyos detalles mayormente se le escaparon. Pero alguien mencionó EyeConduction, y el flujo de inversiones y ganancias esperadas en torno a ello. Inmediatamente quiso saber en qué consistía. Sus preguntas siempre habían sido bien recibidas: cuando se trataba de asuntos económicos, la mirada honesta y acaso

ingenua de un lego aportaba una visión fresca; en asuntos técnicos, su experiencia en la línea de producción hacía que sus intervenciones fueran atentamente escuchadas y, la mayoría de las veces, sus propuestas se aprobaban. Pero ese día no. Cuando indicó que nunca había oído nombrar la tecnología EyeConduction, notó la incomodidad. Recibió una evasiva por toda respuesta. Lo inusual de la situación lo dejó desorientado; repreguntó. El gerente general dio un golpecito en la mesa, alegó que no era pertinente discutir los detalles técnicos en ese momento y le indicó al expositor que continuara. Paralizado por la perplejidad, Claudio permaneció en silencio hasta el final de la reunión.

Siempre había sido bueno en su trabajo. Respetaba y era respetado. A Claudio Tial le gustaba desempeñarse así, sin destacar ni por haragán ni por sobresaliente. Pasar inadvertido, cumplir, y sentir orgullo por su trabajo, que servía para que a los suyos no les faltara nada, y eso era lo primero. Pero además, estar genuinamente convencido de que hacía un aporte. Consideraba que, de manera indirecta, su labor mejoraba la vida de otras personas a quienes nunca conocería ni sabrían de él. ¿Cuántos abuelos veían a sus nietos que vivían lejos en pantallas fabricadas aquí? ¿Cuántas personas en emergencia se

salvaron gracias a un llamado desde un dispositivo que había pasado por sus manos? Hay trabajos que, si desaparecieran, nadie notaría su ausencia. El suyo no. Era un oficio modesto, pero imprescindible hoy en día, y eso lo reconfortaba. Claro que no era algo para andar diciendo en voz alta, pero de algún modo esta convicción daba sentido a su rutina.

Empezó ensamblando, en la tarea más repetitiva y simple que hay en la industria. Había hecho una buena secundaria técnica, y aunque no tuvo estudios superiores formales, pudo ir ascendiendo en la compañía, un poco porque las circunstancias jugaron a su favor, otro poco porque nunca se limitó simplemente a cumplir con lo que se le pedía. No solo seguía un procedimiento: cada tanto proponía. Por interés, o por un intento casi desesperado para sobrellevar la monotonía cotidiana, siempre había indagado en los *por qué* y los *para qué* de cada detalle.

Cuando se implementó el cambio de LCD a LED, por ejemplo, recordaba haberse quedado conversando con el ingeniero Wang, gerente de producción, que tuvo la amabilidad de explicarle los pormenores. No era el tipo de trabajador que asciende fácilmente, era más bien de los que suelen pasar desapercibidos. Salvo por su curiosidad, su permanente inquietud por preguntarse cómo funcionan las cosas, y cómo

podrían funcionar mejor. Sin esta cualidad, y sin un interlocutor como Wang, Claudio no habría podido ascender a jefe de turno.

Tenían una relación inusual. Wang era siempre cordial, pero serio. Claudio había intentado más de una vez llevar la conversación a temas personales, saber cuándo había llegado al país, si tenía familia, o cómo era su vida antes de emigrar. Con la mayor cortesía, Wang buscaba una evasiva y una tarea urgente que interrumpiera el diálogo. Pero cuando se trataba de cuestiones técnicas, era capaz de pasar largas horas conversando. Parecía tener un único estado de ánimo, y no abandonaba jamás su expresión inescrutable. Por otra parte, si bien conservaba algo de acento, hablaba un perfecto español, aunque no tanto como para permitirle leer entre líneas, hacer chistes o entender un doble sentido. Por eso, su comunicación era clara y frontal: al decir algo, quería decir exactamente eso; y al escuchar algo, nunca daba nada por sobreentendido. Esta particularidad hacía que Claudio se sintiera cómodo hablando con Wang, ya que no tenía que preocuparse de cómo se iban a interpretar sus palabras, y eso lo tranquilizaba.

La intriga pudo más que el desconcierto: en el horario del almuerzo Claudio se acercó a la oficina del gerente Wang. Le pidió detalles acerca de

EyeConduction, la innovación mencionada en la reunión de esa mañana.

—EyeConduction hace que la pantalla emita brevísimos parpadeos de luz que el ojo percibe pero el cerebro no alcanza a decodificar, eso mejora la experiencia del usuario.

—¿Cuál es la mejora? —repreguntó Claudio.

—No es algo que se haya probado masivamente, Tial. Pero según los experimentos realizados en laboratorio, los usuarios encuentran más atractivas las imágenes cuando se implementa esta tecnología.

—¿Cómo se mide que una imagen es más atractiva que otra?

—Porque los sujetos del experimento están bajo monitoreo de las ondas cerebrales.

—¿Y a qué tipo de sensaciones placenteras se parecen las ondas registradas?

—Yo no dije eso. La palabra que usé fue "atractivas". Capturan mejor la atención del usuario, tanto para una imagen placentera como cuando se trata de la alarma de un medidor de CO2, por ejemplo. En general, el usuario está más atento a la imagen generada, sea cual sea.

—Reformulo la pregunta, entonces: ¿A qué tipo de estado de atención se parecen las ondas cerebrales

registradas?

—Es una respuesta difícil. No hay nada al respecto en la documentación técnica. Déjeme pensar un ejemplo. ¿Conoce a alguien muy fanático de algún deporte? ¿Vio cómo permanece atento a cada detalle del juego, hasta el final del encuentro? Quizás ese sea un buen ejemplo, el de un fanático deportivo frente al televisor. Pero no me haga mucho caso, no soy especialista en la materia.

—¿Y se podrá leer esa documentación? Realmente quiero entender cómo impactará la tecnología en nuestra industria, y para eso necesito saber cuál es el beneficio... espero que mi pregunta no moleste.

—Sé de sus buenas intenciones, Tial. Pero para dejarlo leer los documentos tendría que pedir autorización, hacerlo firmar un acuerdo de confidencialidad, una complicación burocrática. No quiero molestarlo con esas cuestiones.

—Entiendo, ingeniero. Ya se nos irá informando oportunamente, supongo. Que siga bien.

—Siempre un gusto conversar, Tial. Que tenga un buen día.

"Ya se nos irá informando oportunamente", había dicho Claudio, y mientras hablaba supo que el momento oportuno era hoy mismo. Su curiosidad lo

había llevado siempre por buen camino, por qué apagarla.

Pero la curiosidad no impedía la prudencia.

Quedaba un cibercafé a pocas cuadras de su casa. Había ido mutando de rubros para poder sobrevivir al progreso pero todavía conservaba dos computadoras en el fondo del local. Desde allí ingresó a Sci-Hub, el sitio web clandestino que recopila artículos científicos cuyo acceso es muy costoso, y los pone a disposición del público gratuitamente. Después de un rato de búsqueda desde una pestaña de incógnito del navegador, encontró un *paper* de una universidad surcoreana que mencionaba la tecnología EyeConduction. Lo copió a un pendrive, lo borró de la computadora compartida, pagó en efectivo y regresó a su casa.

Lo que había pasado con Mateo la noche anterior reapareció en sus pensamientos recién en las últimas cuadras antes de llegar. Se propuso buscar el momento para hablar con el chico, cuando le pidiera permiso para prender la computadora. Claudio había dejado escondido el cable del monitor, por si su hijo intentaba encenderla sin permiso durante el día. Encontró a Mateo acostado en el piso, leyendo una historieta. El chico lo abrazó y le preguntó si quería jugar al dominó. No mencionó las pantallas en ningún

momento, y Claudio decidió no ser él quien introdujera el tema. Estuvieron jugando un buen rato y cenaron. A medida que se acercaba la hora de dormir le iba creciendo la intriga por el contenido del *paper* descargado.

—¿Papá, me contás un cuento? —el pedido lo tomó por sorpresa. Sintió un fastidio culposo, nada le gustaba más que compartir ese momento con Mateo, pero la ansiedad por leer el *paper* se había impuesto.

—Dale, vamos. ¿Tenés los cuentos que te regaló la tía?

—No, yo quiero uno que inventes vos.

—Bueno, vamos a ver qué se me ocurre.

—Siempre decís que no sabés inventar nada, pero después sí te salen.

—Vamos a ver.

Había una vez un rey, parecido a los reyes de los cuentos que leemos siempre. Con su palacio, su corte, sus guerreros y sus súbditos. Los súbditos le temían, los guerreros le obedecían y la corte lo aconsejaba con prudencia. El rey gobernaba sabiamente, por lo que había paz y prosperidad en todo el reino. Los reyes vecinos lo respetaban, porque su ejército tenía un dragón. Era gigantesco, capaz de aplastar a cien guerreros enemigos de un solo pisotón.

—¿Podía escupir fuego?

—No sé, ¿qué te parece a vos?

—Que sí.

El dragón escupía fuego, y con una sola mirada podía dejar petrificados a mil soldados. Su piel era dura como una coraza de acero, las flechas ni siquiera le hacían un rasguño.

El rey tenía una torre, en un patio inmenso. Junto a la torre dormía el dragón. En la batalla, el rey se ubicaba en la torre, que sobresalía por encima de las murallas del palacio. Desde ahí despertaba al dragón, veía lo que estaba sucediendo en el campo de batalla, y controlaba al gigantesco animal para que se moviera como él quería. Y entonces daba un coletazo que hacía estragos en las filas enemigas. Después, el rey mandaba que el dragón diera un pisotón que hacía temblar la tierra. Y así la enorme bestia obedecía las órdenes del rey.

—¿Tenía un joystick el rey?

—No, no. Escuchá.

Dentro de la torre había un arpa. El rey tocaba el arpa, que apenas se escuchaba. Pero el dragón tenía un oído muy fino, y se movía según lo que la música le indicaba. Solamente el rey sabía cuáles eran las notas necesarias para lograr cada movimiento. Por eso, el reino era invencible en la guerra. Claro que las batallas se fueron haciendo cada vez menos frecuentes. ¿Quién se iba a atrever a hacerles frente con semejante arma? El rey era sabio, y no imponía condiciones abusivas a sus vecinos: respetaba, y sabía cómo hacerse respetar.

—¿Qué son condiciones abusivas?

—Que no se andaba haciendo el vivo por tener un dragón. Lo usaba para defenderse, no para aprovecharse de los demás.

De todos modos, guiado por la prudencia, siempre mantenía entrenados a sus guerreros, para que pudieran pelear a la par del dragón. Cuando no estaban haciendo ejercicios militares, el arpa quedaba en silencio y la bestia dormía.

Pasaron los años, y el rey se fue poniendo viejo. Amund, su guerrero de mayor confianza, ocupó su lugar en la torre, siguiendo las enseñanzas que el propio rey, cada vez más anciano y cada vez más sabio, le iba dando.

—¿Y qué pasó después?

—Después pasaron muchas cosas, pero te las cuento otro día. Hora de dormir.

—Bueno. Pero no te olvides, ¿eh? No empieces otro cuento mañana. Quiero que termines este.

—No, no me olvido. Y si me falla la memoria, vos me podés recordar. ¿Te parece? Ahora te doy un beso y a dormir, que mañana hay que madrugar.

Seguir leyendo

Lo anterior es un fragmento de “El arpa del dragón”, de Juan Sebastián Marquez.

Para seguir leyendo el relato y escuchar la obra musical de Bruno Valenti que forma parte del proyecto, accedé a https://elarpadeldragon.com



https://elarpadeldragon.com